

M.<sup>a</sup> ISABEL DEL VAL VALDIVIESO  
PASCUAL MARTÍNEZ SOPENA

(Dirs.)

# CASTILLA Y EL MUNDO FEUDAL

HOMENAJE AL PROFESOR  
JULIO VALDEÓN

## III

*Con la colaboración de*  
DIANA PELAZ FLORES

JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN  
Consejería de Cultura y Turismo  
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

2009

## EL RELOJ Y EL TIEMPO EN LA CASTILLA BAJOMEDIEVAL A TRAVÉS DE LA LITERATURA

VÍCTOR PÉREZ ÁLVAREZ  
*Universidad de Valladolid*

El presente estudio es parte de un trabajo de investigación sobre la percepción y el sentido del tiempo en la última etapa de la Edad Media castellana. Para abordar un trabajo de estas características consideramos que es preciso emplear diversos tipos de fuentes. Por un lado las que se conservan en los archivos de diferentes instituciones, que muy a grandes rasgos nos acercan a la administración y organización del tiempo en la vida diaria, y nos proporcionan datos técnicos de construcción y mantenimiento de relojes y de sus artífices, los relojeros. Por otro, la literatura de la época, fuente más adecuada para aproximarnos a la historia de las mentalidades, para tratar de ver cómo se percibía el tiempo, qué ritmos gobernaban las vidas de los integrantes de aquella sociedad y también las fuentes iconográficas.

Además, hay que tener en cuenta que la concepción del tiempo se va transformando en Europa de la mano de las ciudades, en las que la dependencia económica directa del campo va siendo cada vez menor. Esto implica cambios en las necesidades cotidianas, que a su vez modifican el universo mental de las gentes. La concepción del tiempo es uno de estos cambios; frente a un ritmo marcado por la jornada de trabajo basada en el día iluminado, con un punto central «a hora de mediodía, quando yanta la gente»<sup>1</sup>, aparece un día dividido en horas por el reloj mecánico, un invento europeo que incansablemente día y noche tañe las horas que sirven de referencia para la actividad diaria.

Partiendo de estas consideraciones, el objetivo de este pequeño trabajo es ver si se refleja ese cambio en la literatura y de qué forma. No vamos a hacer aquí un reco-

<sup>1</sup> RUIZ, Juan, *Libro de Buen Amor*. Citado por LIDA DEL MALKIEL, María Rosa, *La originalidad artística de La Celestina*, Buenos Aires, EUDEBA, 1970, p. 184.

ruido exhaustivo por toda la literatura castellana de los siglos XIV y XV, sino que nos vamos a centrar en dos obras muy concretas, ya que sólo pretendemos realizar un primer acercamiento al tema que pueda servirnos también para conocer qué tipo de problemas nos podemos encontrar en el uso de este tipo de fuente, y que nos permita contrastar la metodología empleada.

La primera de las obras elegidas es un poema de Juan de Mena, autor del prerrenacimiento castellano. Dicha composición es una de sus adivinanzas, escritas entre 1445 y 1455<sup>2</sup>. Aunque este tipo de composiciones eran originalmente debates de preguntas y respuestas, según dice Miguel Ángel Pérez Priego, para nuestro autor son sólo «un simple juego de ingenio, un divertimento cortesano» en que el debate ya ha desaparecido y queda reducido a la formulación de la pregunta<sup>3</sup>. Estamos ante la primera poesía en lengua castellana que tiene por objeto la máquina de un reloj, y hay que tener en cuenta que su encabezamiento, que es posterior, ha de leerse de derecha a izquierda:

[XOLER]

¿Qué es el cuerpo sin sentido  
que concierta nuestras vidas  
sin bivar?  
muévase sin ser movido,  
haze cosas muy sentidas  
sin sentir;  
éste nunca está dormido,  
mas siempre mide medidas  
sin medir,  
tiene el seso tan perdido  
que él mismo se da heridas  
sin herir?<sup>4</sup>

El reloj es la primera máquina automática de la historia de la humanidad, el primer mecanismo programable capaz de hacer algo por sí solo, como es el tañer la campana en el momento adecuado y el número de veces pertinente. Además el indicador fundamental es la campana, no la esfera, que apareció más tarde, por lo que el reloj se concibe como una campana automática. Juan de Mena nos muestra un reloj personificado, como un ser inanimado con vida artificial, un «cuerpo sin sentido» que no se cansa, que «él mismo se da heridas» refiriéndose al golpe necesario para hacer tañer la campana. Para la sociedad actual, dos siglos después de la Industrialización y tras haber superado la máquina de vapor, es difícil comprender lo novedoso que es el reloj mecánico en el universo mental de una persona del bajo medievo, completa-

<sup>2</sup> DE MENA, Juan, [PÉREZ PRIEGO, Miguel Ángel (ed.)], *Obra lírica*, Madrid, Editorial Alhambra, 1979, p. 12.

<sup>3</sup> DE MENA, Juan, ídem, pp. 44-45.

<sup>4</sup> DE MENA, Juan, ídem, p. 232. Sobre este poema véase HEIPLE, Daniel L., *Mechanical Imagery in Spanish Golden Age Poetry*, Potomac, Maryland, Studia Humanitatis, 1983, p. 152.

mente ajena a la maquinización de la vida actual. Esa admiración por el mecanismo del reloj es lo que muestra el poema, referido a la sociedad cortesana de la Castilla de mediados del siglo XV. Este fenómeno se repite en otros lugares de Europa y es de destacar, por ejemplo, la coincidencia de las impresiones que produjo el primer reloj de Moscú en 1404, contenidas en una descripción de la época, con las que manifiesta el poema castellano de Mena:

Este hacedor de horas es llamado medidor de horas; cada hora el martillo tañe la campana, midiendo y contando las horas de la noche y del día... Nadie la tañe, es algo maravilloso y extraño que se asemeja a un hombre y se mueve por sí mismo, por astucia humana, con gran ingenio e inteligencia<sup>5</sup>.

En la lista de inventores de Giovanni Tortelli se repite la imagen de la personificación de la máquina del reloj:

... de modo que parece estar vivo, ya que se mueve de motu propio, realiza su trabajo en el lugar de un hombre noche y día, y nada puede haber más útil y placentero. Sin embargo es un nuevo invento<sup>6</sup>.

También de Juan de Mena ha llamado nuestra atención otro poema que, si bien no trata directamente de relojes, deja traslucir la idea de una vela como reloj de fuego:

*Castiga el tiempo mal gastado*

Non se gaste más paujlo  
en saber qujen fue Pegaso,  
las dos cumbres de Perrnaso,  
los siete braços del Njlo;  
pues nos llegamos al hilo  
y sabemos que de nos  
juzgando rreçibe Dios  
más la obra qu'el estilo<sup>7</sup>.

El título de este segundo poema se refiere al tiempo. En el primer verso se hace una metáfora del paso de la vida con el pabulo de una candela<sup>8</sup>, que se va consumiendo

<sup>5</sup> DOHRN-VAN ROSSUM, Gerhard, *History of the hour. Clocks and modern temporal orders*, Chicago, The University of Chicago Press, 1996, p. 110. El texto en inglés publicado en ésta monografía es éste: «This hour-maker is called an hour-measure; each hour a hammer strikes the bell, measuring and counting the hours of the night and the day... No man strikes it, but it is somehow wondrous strangely fashioned to look like a man and sound and move of itself, by man's cunning, with great invention and cleverness».

<sup>6</sup> DOHRN-VAN ROSSUM, Gerhard, ídem, p. 110. «... in a way it seems to be alive, since it moves of its own accord, and does its work on behalf of man night and day, and nothing could be more useful or more pleasant than that. However, it is a new invention...».

<sup>7</sup> DE MENA, Juan, [RIVERA, Gladis M. (ed.)], *Coplas de los siete pecados mortales: and first continuation*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1982, vol. I, p. 62.

<sup>8</sup> REVILLA, Federico, *Diccionario de iconografía*, Madrid, Cátedra, 1990, p. 77.

a un ritmo constante. Esta temática se desarrollará profusamente en siglos posteriores, y en la iconografía se representa, además de con una vela, mediante un reloj de arena o mecánico. La función de la vela es iluminar, pero la cera o el aceite se consumen a un ritmo constante y su nivel puede servir de indicador del tiempo. El tiempo marcado por la vela está en relación directa con un espacio físico o una cantidad de materia; su tiempo es de alguna forma más material, más visible que el del reloj mecánico. El uso de velas graduadas ya era sugerido por algunas reglas monásticas para determinar la duración de la noche y las oraciones nocturnas. Hay testimonios además de que Alfredo El Grande, rey de Inglaterra en el siglo IX, y siglos después, según sus cronistas las empleaban los reyes franceses Luis IX (muerto en 1270) y Carlos V (1338-1380), unos para medir periodos cortos de tiempo y otros para dividir el día en partes iguales<sup>9</sup>.

Dejando de lado de momento estas últimas cuestiones, lo que nos interesa ahora subrayar es que a través de Juan de Mena queda atestiguada la presencia del reloj en la sociedad cortesana de la Castilla de mediados del siglo XV; permite afirmar también que el reloj es entonces un elemento de prestigio porque causa admiración; pero también que se utiliza en la vida cotidiana, porque el autor dice que *concierta nuestras vidas*. La vida en la corte, rodeada de lujo y boato, está muy desligada de los ciclos de la naturaleza, lo que conlleva una concepción moderna del tiempo y la atracción por los relojes, especialmente los mecánicos.

El otro texto que vamos a tomar en consideración es de un género distinto, se trata de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, una de las grandes obras de referencia de la literatura castellana, que se sitúa en un ámbito urbano. Se ha investigado mucho para tratar de identificar en qué ciudad castellana en concreto se desarrolla la acción, pero parece ser que en realidad no se trata de una ciudad existente, sino de una recreación urbana elaborada por el autor. Esto no mengua el valor de la obra para su utilización como fuente de estudio del mundo urbano castellano a finales de la Edad Media, ya que ofrece una espléndida riqueza de detalles y claves de interpretación de la cultura. Decíamos al principio que el cambio en la concepción y uso del tiempo se produjo en las ciudades, por lo que no hace falta explicar la idoneidad de *La Tragicomedia* para el propósito de este trabajo.

No es poco lo que se ha escrito sobre *La Celestina*, especialmente de dos de los aspectos más interesantes, como son la sociedad<sup>10</sup> y la constante preocupación por el tiempo a lo largo de la obra<sup>11</sup>. En nuestro caso hemos utilizado la edición de Peter E. Russell<sup>12</sup>, especialista que es consciente de la concepción moderna del tiempo que

<sup>9</sup> DOHRN-VAN ROSSUM, Gerhard, ídem, pp. 57-59. FARAL, Edmond, *La vie quotidienne au temps de Saint Louis*, París, Hachette, 1938, p. 21.

<sup>10</sup> MARAVALL, José Antonio, *El mundo social de «la Celestina»*, Madrid, Gredos, 1964. 165 pp.

<sup>11</sup> ASENSIO, M. J., «El tiempo en *La Celestina*», en *Hispanic Review*, 1952, n.º XX. GILMAN, S., *The Art of La Celestina*. Madison, U. Wisconsin P., 1956. Sobre todo véase LIDA DE MALKIEL, María Rosa, ídem, 784 pp.

<sup>12</sup> DE ROJAS, Fernando, [RUSSELL, Peter E. (ed.)], *Comedia y Tragicomedia de Calisto y Melibea*. Madrid, Castalia, 1991, 634.

tiene Rojas, aunque comete alguna incorrección debido sin duda a lo poco desarrollados que estaban los estudios sobre el reloj mecánico en los años en que escribe. En el estudio preliminar indica que las referencias temporales horarias que aparecen no son tomadas de ningún reloj de arena ni de ruedas, sino de las campanas de alguna iglesia cercana al huerto de Melibea en los pasajes que discurren ahí, indicando además que el reloj mecánico aún era un invento moderno en época de Covarrubias<sup>13</sup>. Estamos de acuerdo en descartar el reloj de arena, ya que sólo tiene dos utilidades fundamentales fuera de la marinería, una de ellas es la medición de intervalos cortos de tiempo, como discursos o sermones, no para marcar las horas continuamente; la otra utilidad es el toque manual de las señales horarias en las campanas y como reloj auxiliar con el mismo fin cuando el mecánico se avería<sup>14</sup>. Sin embargo está claro que hay un reloj mecánico puesto que Fernando de Rojas conoce muy bien la maquinaria en funcionamiento, como lo demuestra en alguna de las metáforas que veremos más adelante.

En *La Celestina* queda constancia de diferentes sistemas de referencias temporales, y de la forma en que se denominan ciertos momentos del día. La astronomía se menciona varias veces a lo largo de la obra, la estrella polar o *norte*, la salida de Venus o *luzero del alba* como preludeo del amanecer, o las pléyades o *cabrillas*<sup>15</sup>. Calisto, en sus desvaríos por el amor a Melibea, se refiere al amanecer con términos mitológicos, ante lo que su criado Sempronio responde pidiéndole que no use ese tipo de vocabulario porque no pertenece al habla común<sup>16</sup>; en otros pasajes de la obra hay referencias al amanecer anunciado por el canto del gallo. Todo este tipo de referencias se mezclan en la Escena 1.<sup>a</sup> del Tercer Auto con el reloj, omnipresente en muchos otros pasajes,

Si de noche caminan, nunca querrían que amaneciese: maldizen los gallos porque anuncian el día y el relox porque da tan apriessa. Requieren las cabrillas y el norte, haziéndose estrelleras. Ya quando veen salir el luzero del alva, quiéreseles salir el alma: su claridad les escuresce el corazón<sup>17</sup>.

Por otro lado las menciones a la noche y sus peligros son abundantes. Buena parte de *La Tragicomedia* se desarrolla por la noche, momento reservado al descanso en casa, cuando la calle es peligrosa porque la oscuridad es aliada de los malhechores, por eso a quien sale le conviene llevar iluminación:

<sup>13</sup> DE ROJAS, Fernando, ídem, p. 141, nota 185.

<sup>14</sup> DOHRN-VAN ROSSUM, Gerhard, ídem, p. 110. En Perpignan así se hizo en 1387 durante una de las reparaciones del reloj. También en la Catedral y en Zaragoza se utilizaba el reloj de arena para los toques manuales de horas.

<sup>15</sup> DE ROJAS, Fernando, ídem, p. 287.

<sup>16</sup> DE ROJAS, Fernando, ídem, pp. 397-398: CALISTO.—... aunque primero sean los cavallos de Febo apacentados en aquellos verdes prados que suelen, quando han dado fin a su jornada.

SEMPRONIO.—Dexa, señor, essos rodeos; dexa essas poesías, que no es fabla conveniente la que a todos no es común, la que todos no participan, la que pocos entienden. Di: «aunque se ponga el sol» y sabrán todos lo que dices.

<sup>17</sup> DE ROJAS, Fernando, ídem, p. 287.

CELESTINA.—Señor, no atajes mis razones; déxame dezir, que se va haziendo noche. Ya sabes que quien malhaze aborrece la claridad, yendo a mi casa, podré haver algún malencuentro.

CALISTO.—¿Qué, qué? Sí, que hachas y pajes ay, que te acompañen<sup>18</sup>.

Además la irregularidad del pavimento de las aceras de las calles suponen un plus de peligrosidad:

CELESTINA.—No temo esso, que de día me aviso por do venga de noche. Que jamás me subo por poyo ni calçada, sino por medio de la calle. Porque como dizen «no da passo seguro quien corre por el muro» y que «aquel va más sano que anda por [lo] llano». Más quiero ensuziar mis çapatos con el lodo, que ensangrentar las tocas y los cantos. Pero no te duele a ti en esse lugar<sup>19</sup>.

Por la noche sale Calisto a escondidas con sus criados a ver a su amada mientras el alguacil con sus hombres velan por la seguridad de la ciudad; en una de esas salidas Pármeneo y Sempronio, mientras esperan a su amo, huyen al oír ruidos pensando que son salteadores, pero en realidad:

SEMPRONIO.—¡Ce, ce, Pármeneo! Torna, torna callando, que no es sino la gente del aguazil que passava haziendo estruendo por la otra calle<sup>20</sup>.

En todos estos peligros de la noche piensa Melibea cuando Calisto se retrasa en otra cita:

MELIBEA.—... ¿Quién sabe si él, con voluntad de venir al prometido plazo, en la forma que los tales mancebos a las tales horas suelen andar, fue topado de los alguaziles noturnos y, sin le conocer, le han acometido; el qual por se defender los offendió, o es dellos offendido? ¿O si por caso los ladrones perros con sus crueles dientes, que ninguna diferencia saben hazer ni acatamiento de personas, le ayan mordido? ¿O si ha cayó en alguna cazlada o hoyo, donde algún daño le viniessen?

Al lado de todas esas referencias el reloj aparece como un elemento fundamental en la organización de la vida diaria de los personajes de la novela, su utilización es para ellos habitual y ha calado en lo más hondo de sus usos y costumbres. Asimismo también la concepción moderna del tiempo de los personajes llama la atención, pues se trata de un tiempo abstracto, en el que los intervalos cortos inferiores a un día se miden en horas:

ELICIA.—¡Mas nunca acá vinieran! ¡Y mucho combidar con tiempo! Que ha tres horas que está aquí mi prima. Este perezoso de Sempronio havrá sido causa de la tardança, que no ha ojos por do verme<sup>21</sup>.

<sup>18</sup> DE ROJAS, Fernando, ídem, p. 346.

<sup>19</sup> DE ROJAS, Fernando, ídem, p. 453.

<sup>20</sup> DE ROJAS, Fernando, ídem, p. 469.

<sup>21</sup> DE ROJAS, Fernando, ídem, p. 404.

Hay una constante preocupación por llegar puntualmente a las citas, es importante no llegar tarde, como en el ejemplo que acabamos de ver, o como cuando los criados de Calisto van a comer a casa:

SEMPRONIO.—Baxa, Pármeno, nuestras capas y espadas, si te parece que es hora que vamos a comer.

PÁRMENO.—Vamos presto. Ya creo que se quejarán de nuestra tardanza<sup>22</sup>.

O, sobre todo, cuando Celestina consigue una cita entre Calisto y Melibea en el huerto a las doce de la media noche:

... yendo esta noche, según el concierto dexo con ella, a su casa, en dando el relox doze, a la hablar por entre las puertas<sup>23</sup>.

Nótese que en esta última cita se dice en dando el relox doze y no «a las doce», lo que significa que se ha quedado en el preciso momento en que el reloj da las campanadas de las doce, lo cual, teniendo en cuenta la inexactitud de los relojes de foliot<sup>24</sup> medievales, nos induce a pensar que es el reloj público la referencia para los dos, puesto que sincronizar dos relojes, más aún domésticos, no debería de ser muy fácil.

Hasta tal punto es importante la hora de la cita, que Calisto se enoja con Sempronio, su criado, cuando a las once de la noche, mientras está en su casa preparándose para ir al huerto, le pregunta la hora y le responde que son las diez, una hora menos de la real:

CALISTO.—¿Moços, qué hora da el relox?

SEMPRONIO.—Las diez.

CALISTO.—¡O cómo me descontenta el olvido en los moços! De mi mucho acuerdo [y cuydado] en esta noche y tu descuydar y olvido se haría una razonable memoria y cuydado. ¿Cómo, desatinado, sabiendo cuánto me va, Sempronio, en ser diez o onze, me respondías a tiento lo que más ayña se te vino a la boca? ¡O cuytado de mí! Si por caso me hoviera dormido y colgara mi pregunta de la respuesta de Sempronio para hazerme de onze diez y assí de doze onze. Saliera Melibea, yo no fuera ydo, tornárase; de manera que ni mi mal oviera fin, ni mi desseo execución<sup>25</sup>.

Para Russell en esta situación la referencia habría de ser un reloj doméstico de arena o de agua por desarrollarse la escena en una estancia<sup>26</sup>. No creemos que nece-

<sup>22</sup> DE ROJAS, Fernando, ídem, p. 401.

<sup>23</sup> DE ROJAS, Fernando, ídem, pp. 448-449.

<sup>24</sup> El folio es un elemento oscilante que divide el tiempo en segmentos iguales, es la pieza clave del reloj, es su corazón; pero su irregularidad hacía que los relojes se desconcertasen imprevisiblemente hasta en más de treinta minutos al día. Fue inventado a finales del siglo XIII y se utilizó hasta la aplicación del péndulo a la relojería a finales del siglo XVII, que supuso el mayor avance en la exactitud en toda la historia de la relojería mecánica.

<sup>25</sup> DE ROJAS, Fernando, ídem, p. 456.

<sup>26</sup> DE ROJAS, Fernando, ídem, pp. 503-504, nota 24.



sariamente el reloj tenga que estar dentro de la casa, ya que el indicador fundamental de un reloj es la campana, la esfera originariamente no existía, fue apareciendo a lo largo del siglo XV; téngase en cuenta que mientras la aguja sólo puede verse en los lugares más aledaños del reloj, el sonido de la campana llega más lejos y puede ser escuchado también dentro de las viviendas. Ya se ha dicho líneas atrás que el reloj de arena no es útil como reloj permanente. Tampoco tiene por qué tratarse de una clepsidra, que pocas décadas después de la invención del reloj mecánico fue desplazada por éste en Europa por ser más práctico<sup>27</sup>. Podría pensarse en un reloj doméstico, ya que desde antes de finales del siglo XV la relojería mecánica estaba lo suficientemente desarrollada como para la construcción de relojes de pequeño tamaño para ser usados en el interior de las viviendas; incluso el uso del resorte permitió transportar relojes mecánicos en funcionamiento<sup>28</sup>. No obstante, el reloj de torre, de maquinaria grande, es por regla general más preciso, más práctico y más habitual que el doméstico.

La escena anterior y otras muchas a lo largo de la obra muestran que hay una preocupación constante por el tiempo<sup>29</sup>, una obsesión por la puntualidad que recuerda mucho al estrés de la sociedad actual. La prisa porque sucedan ciertos acontecimientos hace que el tiempo se alargue, que parezca que pasa más despacio, y hace que se vea la diferencia entre un tiempo subjetivo frente a otro objetivo que marca el reloj, la máquina:

CALISTO.—Ya quiere amanecer. ¿Qué es esto? ¡No me parece que ha una hora, que estamos aquí, y da el reloj las tres!<sup>30</sup>.

Según Rosa Lida, la nueva conciencia de la hora culmina en el soliloquio de Calisto frente al reloj<sup>31</sup>:

¡O noche de mi descanso, si fuesses ya tornada! ¡O luziente Febo, [el sol] date prisa a tu acostumbrado camino! ¡O deleytosas estrellas, apareceos ante de la continua orden! [del universo] ¡O espacioso reloj, aun te vea yo arder en bivo fuego de amor! Que si tú esperasses lo que yo, quando des doze, jamás estarías arrendado a la voluntad del maestro que te compuso. Pues vosotros, invernales meses, que agora estays escondidos, ¡viniessedes con vuestras muy complidas noches a trocarlas por estos prolixos días! Ya me parece haver un año que no he visto aquel suave descanso, aquel deleytoso refrigerio de mis trabajos.

Pero, ¿qué es lo que demando? ¿Qué pido, loco, sin sufrimiento? Lo que jamás fue ni puede ser. No aprenden los cursos naturales a rodearse sin orden; que a todos es un ygal curso, a todos un mesmo espacio para muerte y vida, un limitado término a los secretos movimientos del alto firmamento celestial de los planetas y norte, de los crecimientos y mengua de la menstrua luna. Todo se rige con un freno ygal,

<sup>27</sup> DOHRN-VAN ROSSUM, Gerhard, ídem, p. 89.

<sup>28</sup> DOHRN-VAN ROSSUM, Gerhard, ídem, pp. 118-120. El resorte aparece ya perfeccionado hacia 1430.

<sup>29</sup> LIDA DE MALKIEL, María Rosa, ídem, p. 169.

<sup>30</sup> DE ROJAS, Fernando, ídem, p. 503.

<sup>31</sup> LIDA DE MALKIEL, María Rosa, ídem, p. 173.

todo se mueve con igual espuela: cielo, tierra, mar, fuego, viento, calor, frío. ¿Qué me aprovecha a mí que dé doze horas el reloj de hierro, si no las ha dado el del cielo? Pues, por mucho que madrugue, no amanesce más ayna<sup>32</sup>.

En la primera parte Calisto invoca los indicadores temporales para que aceleren su ritmo, al sol, a las estrellas y al reloj; pero en la segunda se da cuenta de la constancia inmutable del paso del tiempo, concebido como un proceso continuo, regular e invariable. En este monólogo Calisto ofrece un visión puramente mecanicista del universo, regido por unos movimientos perfectos y eternos sometidos a las leyes naturales a los que se ha de subordinar sin otra alternativa.

Hay otras metáforas relojerías interesantes en la obra, que denotan que Rojas estaba bastante familiarizado con los relojes y sabía cómo eran sus maquinarias:

PÁRMENO.—Ya escurre eslavones el perdido. Ya se desconciertan sus badajadas. Nunca da menos de doze; siempre está hecho reloj de mediodía<sup>33</sup>.

La máquina de un reloj mecánico se compone al menos de un tren de movimiento y otro de sonería. El primero se caracteriza por un funcionamiento regular y constante y su cometido es el de dividir el tiempo en segmentos iguales; el segundo, que sólo entra en acción en el momento de tañer las campanadas, es mucho más complejo y su funcionamiento más vistoso puesto que se mueven numerosos elementos y las ruedas giran a gran velocidad a la vez que suenan las campanadas, produciendo una sensación de frenesí. Si bien el cuerpo de movimiento representa el equilibrio y la medida, el de sonería aquí es todo lo contrario, más aún si no funciona bien y siempre da doce campanadas. Como aclara Russell, en realidad se trata de una metáfora para describir el estado mental de Calisto<sup>34</sup>. Pero además en este pasaje nos permite suponer que las sonerías de los relojes que conocía Rojas eran de doce horas, y no de veinticuatro.

A la luz de todo esto se constata que no sólo existen en *La Celestina* los momentos básicos del día que mencionábamos al principio de este breve estudio, que son el amanecer, el mediodía y el anochecer y la noche. Ahora se utiliza el reloj para dividir el día en doce partes abstractas creando un eje temporal en el que situar determinados acontecimientos:

... desde que dio la una te espero aquí y no he sentido mejor señal que tu tardanza<sup>35</sup>.

SOSIA.—Tristán, ¿qué te parece de Calisto, qué dormir ha hecho? Que son ya las quatro de la tarde y no nos ha llamado ni ha comido<sup>36</sup>.

SOSIA.—Los otros de verme yr con la luna de noche a dar agua a mis cavallos, holgando y aviendo plazer, diziendo cantares por olvidar el trabajo y desechar enojo, y esto antes de las diez<sup>37</sup>.

<sup>32</sup> DE ROJAS, Fernando, ídem, pp. 513-514.

<sup>33</sup> DE ROJAS, Fernando, ídem, p. 342.

<sup>34</sup> Ver nota 23.

<sup>35</sup> DE ROJAS, Fernando, ídem, p. 303.

<sup>36</sup> DE ROJAS, Fernando, ídem, p. 515.

<sup>37</sup> DE ROJAS, Fernando, ídem, p. 547.

Además, la obra pone de manifiesto que la implantación del uso del reloj mecánico ha llegado a tal grado que incluso los momentos básicos del día que antes se expresaban como «amanecer», «medio día» o «media noche» ahora se sitúan en el eje del tiempo mecánico del reloj. Así, donde Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, dice:

Después fue de Santiago otro dia siguiente,  
a hora de mediodia, quando yanta la gente...<sup>38</sup>

Fernando de Rojas dice:

... que te vayas oy a las doze del día a comer con nosotros<sup>39</sup>...

El amanecer, cuando están los amantes en el huerto, lo anuncia el reloj al dar las tres, como se ve en un texto citado unas líneas atrás, en cambio en obras literarias anteriores se expresa en otros términos:

Maitines y prima dijeron hacia el alba;  
Dicha fue la misa, antes que saliese el sol<sup>40</sup>.

Al terçer día después de esto, en la grant mañana, ante del alva, fueron enderredor de la villa tres mill cavalleros muy bien guisados...<sup>41</sup>.

Los imitadores de *La Celestina* carecen de esa conciencia tan desarrollada del sentido del tiempo y es menos frecuente en sus obras la presencia del reloj<sup>42</sup>.

Los dos autores que hemos analizado en este trabajo pertenecen a la etapa final de la Edad Media, una época de cambios en todos los niveles y ámbitos, desde lo político a las mentalidades. Juan de Mena se mueve en el ambiente elitista de la corte, Fernando de Rojas conoce de primera mano la sociedad urbana castellana. Ambos conocen bien el reloj mecánico y han visto máquinas de relojes en funcionamiento; en el poema de Mena el reloj es algo más novedoso y predomina la admiración por el elemento de prestigio sobre su utilidad práctica, para Rojas es un instrumento cotidiano que se utiliza constante e inconscientemente. La concepción de tiempo de Mena es más compleja de apereibir a través de su obra literaria que la del autor de *La Celestina*, si bien podemos ver una preocupación por el tiempo y la fugacidad de la vida en el segundo poema citado. En cambio Rojas nos ofrece un cuadro riquísimo en su obra en la que pinta con variedad de colores y matices la presencia y la preocupación por un tiempo constante y mecánico al que el ser humano está irremediablemente sujeto, y que se mide con un aparato mecánico, el reloj.

<sup>38</sup> Ver nota 1.

<sup>39</sup> DE ROJAS, Fernando, ídem, p. 386.

<sup>40</sup> MENÉNDEZ PIDAL, R., *Cantar de Mio Çid. Texto, gramática y vocabulario*, Madrid, Espasa-Calpe, 1969, vol. III, p. 1139.

<sup>41</sup> ANÓNIMO, GONZÁLEZ MUELA, J. (ed.), *Libro del Caballero Zifar*, Madrid, Castalia, 1982, p. 89

<sup>42</sup> LIDA DE MALKIEL, María Rosa, ídem, p. 192.